

Blasfemias y carcajadas,
Súplicas y juramentos.
"Si las vírgenes gemían
Y por Cristo suplicaban,
Los piratas maldecían
Y de Cristo blasfemaban."

—¿Y cómo le toleraban!

—Pocos de los circunstantes le hacían caso, y otros se divertían á su costa.

—¿Y siguió adelante la broma?

—Vaya! y subió de punto con una ocurrencia de las más cómicas.

—Dí, dí!

Mientras las religiosas se esparcían por los corredores y entraban en sus viviendas para sacar los utensilios que habían de trasladar consigo á su nueva morada, nuestro pirata echó á andar tras una novicia linda y fragante...

—Ah! vamos! como una violeta.

—No, como un lirio de los valles, como un hacecito de mirra.

—¿Qué saborcillo bíblico le vas dando al cuento!

—Viejo! no es extraño. . . ¿se trata de monjas!—Pues bien: la novicia que vió venir tras de sí al milano, y que por malos de sus pecados se encontraba lejos de las compañeras, creyendo que le amenazaba un gravísimo peligro, se puso de rodillas y á voces empezó á pedir misericordia. Mas su perseguidor que estaba ciego, quedándose en pié, sin tocarla, le dice en tono suave y amartelado:

—"No te enojés con tu estrella,
Niña bella;
Déjate amar una vez:
Por tí me dará un tesoro
Rico mozo,
Que reina te hará de Fez."

—Oh! qué horrible insensatez! contesta la novicia asombrada; pero su interlocutor prosigue impávido:

—"Olvidate del Santuario,
Del Rosario,
Letanía y oración. . . .
No has nacido (sin lisonja)
Para monja,
Con tan linda perfección."
Pronto te veré sultana. . . .

—¿Linda estaré de sotana!

—Oh! no digo eso, replica el poeta, sino que

"Pronto te veré *Sultana*.
Seda y grana
Por túnica vestirás:
Ambar, oro y elefantes . . .

—¿Mas elefante que usted!

La novicia pierde en este instante los estribos, y reparando que tiene que habérselas con un loco, se pone en pie y rechaza bruscamente las galanterías que antes le asustaron. Redobla su empeño el pirata, enójase la niña, suplica aquel de hinojos, huye esta y síguela el amante andando de rodillas y con los brazos abiertos. . . . No podría decirte adonde hubiera ido á parar aquella ridícula entrevista del maniático con la monja, si no se presentase súbitamente á ponerle término uno de los comisionados que tenía la cabeza en su lugar.

—¡Basta! ya no me dejes embaucar por más tiempo.

—¡Pues qué no das crédito á mi relación!

—No, viejo, tú soñaste esa historia, y hoy me la vendes por cierta.

—¿Cierta, ciertísima!

—Sí, como lo es el *salto de Alvarado* ó los piratas de Arolas cuya poesía te sugirió esta leyenda.

IV.

LOS NACIMIENTOS.

Después de haber recojido hasta la última expresión de la plática antecedente, que como se ve nada tiene de edificante, dejamos á nuestros jóvenes abismados en su entretenimiento, y subiendo por una de las escaleras que conducen al primer alto,

empezamos á visitar al acaso las piezas que encontramos abiertas. En la parte superior del marco de la puerta de varias, leímos esta inscripcion:

VIVA MARIA Y MUERA LA HEREGIA.

Una de esas piezas era la sala de labor. Perfectamente aseada y apropiada á su objeto, llamaba la atencion de todos los visitantes, y hoy segun nos han informado se pretende convertirla en una brillante galería de pinturas, entrando en ella todas ó las más que pertenecian á los conventos suprimidos.

No menos espaciosa es la sala que precede al coro alto. En uno de los lados de la entrada al mismo se ve pintado este cuarteto:

En la caridad perfecta,
En la humildad profunda,
En el silencio extremada,
Y en el hablar circunspecta.

En el lado opuesto se halla el siguiente:

En el coro asiste atenta,
Ora frecuente y devota,
De los cuidados remota,
De tu profesion contenta.

En el piso superior tuvimos ocasion de escuchar las maldiciones que algunas señoras mayores lanzaban contra la reduccion de conventos de religiosas; maldiciones proferidas en tono fúnebre y con ojos centellantes.

Desde allí tambien se goza la vista del jardin en su totalidad, así como la de los cuatro costados del interior del edificio, cuyo conjunto armonioso abarcado por una simple mirada hacia abajo se presenta como el nido de la felicidad.

Las viviendas de las señoras religiosas eran unas casitas bien cómodas, ó *confortables* segun ya suele decirse, y casi independientes unas de otras. Cuando no podiamos tener de los conventos mas idea que la que reflejan los libros de las vidas de santos; cuando en los sermones oiamos á cada paso estas ú otras espresiones semejantes: *la austeridad del claustro, la estrechez de la celda y el humilde rincon donde oculta sus lágrimas el religioso*, creiamos positivamente y de buena fe que los que nos ministraban tales apuntamientos sobre la vida monástica, hablaban en sentido literal. Así es que fue grande nuestro asombro cuan-

do ya en presencia de las realidades, observamos que en lugar de la *estrechez y pobreza* habia en los monasterios habitaciones escelentes para cada religiosa, y que por el mucho uso que los braseros mostraban haber tenido se podia concluir que la vida en comun impuesta por los cánones no existia, á lo menos en la Encarnacion, sino para las asistencias á los actos de oracion y elecciones de preladas, y á mucho estenderse, para las diversiones domésticas permitidas á las monjas.

En efecto, segun parece no habia refectorio como en siglos anteriores, y cada religiosa tenia una sirvienta que le preparaba los alimentos para tomarlos aisladamente en su morada. Sean cuales fueren las ventajas que acarrea este sistema, hay que convenir que no se ajusta á la ley eclesiástica, y que no es el mas á propósito para estrechar los vínculos que deben ligar á individuos de una misma familia.

Por lo demas, el menage de estas moradas era humilde, sencillo y de una limpieza que no se puede encarecer bastante. Si el estado en que se hallaba autorizase una induccion respecto á la moralidad de las personas que le usaban, seria forzoso concluir que las costumbres de estas resplandecerian por la inocencia. Todo su lujo consistia en varios cuadros colgados á la pared, que representaban imágenes de santos, y en los nacimientos colocados sobre una mesa ó altar que regularmente ocupaba una buena estension en la pieza principal. Sin aspirar á dar idea de todos esos nacimientos, procuraremos describir uno solo.

El que no los vió se ha de figurar un curso de historia sagrada espresado con muñecos de barro y de cera en una superficie plana de algunos metros.

Aquí, en un sitio poblado de árboles frutales, abrigado por la ladera de un monte y atravesado por un riachuelo cristalino, aparecen Adán y Eva ya en peligro de perder la inocencia primitiva. El árbol de la ciencia del bien y del mal los acoge bajo su funesta copa. La serpiente, formando espiral al rededor del tronco, estiendo el cuello en actitud melosa hacia la madre del linaje humano que tiene una manzana entre los dedos índice y pulgar. Los semblantes de una y otra parecen revelar al mismo tiempo, astucia, curiosidad, cariño simulado, temores y esperanzas. Adán, entre tanto, espera el resultado de este diálogo mudo pero elocuente. Las aves que anidan en las ramas y

las fieras que se solazan á la sombra, están suspensas ante la grande escena que va á decidir de la suerte del mundo. He aquí el paraíso terrenal.

No lejos de este primer cuadro, huyen Adan y Eva perseguidos por la terrible espada de llamas que los destierra para siempre de la mansion de la felicidad. Eva aplica la mano á la mejilla para enjugar sus lágrimas; Adan fija una mirada melancòlica en las incultas soledades que se dilatan ante sus pasos. ¡Milton! . . . ¡perdona al nacimiento! ¡perdona á la pluma que le describe!

Mas ¿quién es esta figura siniestra que vaga desalentadamente por el prado? Brilla en sus ojos una luz satánica, y en la frente marchita por la congoja asoma algo que espanta. . . . la marca de la eterna reprobacion. ¡Oh Cain, bajo tu planta se agosta la yerba! . . . Allá queda Abel tendido en la márgen de un arroyo salpicando las flores con la sangre que brota de su herida. Apartemos la vista y contemplemos mas acá el suceso que abre una nueva era.

El arca de Noe descansa sobre los montes de Armenia ya pasado el diluvio. El patriarca recibe de la fiel paloma el ramo de oliva, y á su lado pasan en desórden los animales cansados de encierro y ávidos de espacio donde vagar á sus anchuras. Como restos del cataclismo se ven todavía algunos espacios cubiertos por las aguas, entre las cuales ruedan los cadáveres de los árboles y de los hombres. Asoma el iris en el cielo, y la selva parece sacudir á impulso de la brisa su cabellera húmeda.

Un paso mas. ¡El fuego está consumiendo las ciudades nefandas! ¡Cuánto estrago! ¡Cuánta desolacion! Solo hay salvacion para una familia. . . . huyen sin tornar la vista hácia atras; y ¡ay de la mujer curiosa que volvió el rostro para contemplar el incendio! Ahí está convertida en estatua de sal.

Pasemos esta colina y veremos estenderse una feraz llanura donde los ganados pacen en sosiego. Abraham á la entrada de su tienda de pieles, cerca de una palmera, brinda á los ángeles con la hospitalidad. Una luz apacible anima el semblante de los celestes peregrinos.

Mas adelante, en la cima de un collado, se representa la escena del sublime sacrificio de Isaac. Un ángel detiene en el aire la terrible mano con que el patriarca iba á herir á su hijo único. Con una venda en los ojos aguarda este sobre el ara el

golpe mortal; mas el cordero que asoma entre los tallos de una mata contigua, le sustituirá en el holocausto.

La escala misteriosa que Jacob vió en sueños, por donde bajaban y subian las ángeles, la escala que unia el cielo con la tierra, símbolo de la oracion, imágen de la aspiracion incesante del hombre hácia lo infinito, aparece allá á lo lejos en el desierto medio oculta por un grupo de nubes tornasoladas.

En seguida, y á poca distancia de una cisterna, se ve una reunion de hombres que al parecer deliberan entre sí sobre la suerte de un jóven, el cual se halla en pie en medio de ellos con aire tímido y humilde. Es José que va á ser vendido por sus hermanos á los ismaelitas.

Poco despues este mismo jóven, régicamente vestido, se presenta en la sala de un palacio ante unos extranjeros que poseídos de temor no se atreven ni á mirarle, pero él los tranquiliza diciéndoles: Llegaos á mí, yo soy José vuestro hermano, á quien vendisteis para Egipto.

Tras estos cuadros siguen: la hija de Faraon á orillas del Nilo sacando del agua la cestilla que contiene á Moisés niño;

Los israelitas en el desierto;

Ruth y Booz;

David pulsando el arpa delante de Saul;

El templo de Salomon;

Los israelitas volviendo de la cautividad de Babilonia;

Esdras leyendo al pueblo los libros santos;

San Juan Bautista en el desierto;

La casa de María;

La Anunciacion;

Y finalmente, el pesebre de Betlen, bajo una gruta donde María, José y los pastores contemplan y adoran al niño que viene á redimir al mundo.

Un ángel suspenso en el aire anuncia: *gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*

Tal es un nacimiento cuerdamente ordenado. En otros la representacion histórica se estiende hasta muchos sucesos posteriores, tales como la adoracion de los reyes magos, la degollacion de los inocentes, Jesus entre los doctores, su bautismo en el Jordan, la multiplicacion de los panes y la conversion de la Samaritana. Los que se paguen de estas fruslerías decidirán si tratándose de representar un hecho como el nacimiento del

Salvador, no es tan absurdo invadir el terreno del Evangelio, como retroceder á los tiempos bíblicos.

Lo curioso en tales espectáculos es observar los absurdos y anacronismos de que regularmente adolecen; y así no es raro ver campanas en el templo de Salomon, sillones del tiempo de Luis XV y cama á la Josefina en la casa de la Virgen, y lo que es más, ermitaños que en las grutas hacen penitencia delante de un Crucifijo, vestidos con el hábito de San Francisco ó de San Diego.

Mas basta de un asunto tan pueril, en cuyo relato, á fuer de historiadores minuciosos, hemos creído conveniente emplear algunas líneas, pero que no es bien prolongar demasiado.

V.

EL VÍCTOR.

Antes de salir del patio principal entremos en el coro alto de las religiosas. Además del órgano, que es de muy graciosa hechura, se ven en su recinto algunos cuadros debidos á un pincel no despreciable, entre otros, el que representa á Jesus con la cruz á cuestas, cuyo rostro ha merecido elogios de un inteligente.

No sabemos qué ha sido de la sillería ni de una imágen de nuestra Señora de Guadalupe que estuvo colocada en el retablo, la cual fue donada al convento á mediados del siglo XVII por una india principal. En el acta de esta donacion, que se conserva en el archivo del monasterio, consta que el dia fijado para la entrega de la imágen concurrieron al templo todos los individuos que componian la familia de la donante, y que puesta aquella en el altar mayor, alumbrado por cirios, cantaron las

monjas una salve muy solemne, despues de cuyo acto fue llevada en procesion hasta la portería donde la recibieron para colocarla en el retablo del coro. A los lados de este, y dilatándose hácia dentro de la iglesia, se hallan dos tribunas espaciosas.

El coro bajo es memorable por las tomas de hábito y las profesiones, no menos que por las elecciones de preladas. A la de abadesa concurría el R. arzobispo ó algun otro eclesiástico á quien delegaba para el caso con las facultades necesarias.

Este acto pasaba á puerta cerrada. Cerca de la reja del coro, por la parte que da á la iglesia, colocábase bajo dosel el sitial que ocupaba el prelado. Se imploraba el auxilio divino, y por la ventanilla del comulgatorio iban las religiosas depositando en la urna las cédulas con los nombres de las personas á quienes votaban. Reunidas todas, se llevaba la urna á manos del arzobispo ó su delegado para la computacion de los sufragios, hecho lo cual y despues de poner fuego á las cédulas, se proclamaba electa canónicamente á la nueva abadesa.

Pasaba en seguida el arzobispo, si era él quien habia presidido la eleccion, á visitar el templo, sacristía y todo el monasterio para informarse del estado en que se hallaban los objetos pertenecientes al culto y al uso de las religiosas. Despediase de estas: acompañábanle hasta la portería, é inmediatamente despues se encaminaban á cumplimentar á la prelada recién electa, que las esperaba en el coro. Hácia la entrada tenian ya dispuesto un carrito triunfal, en el que la hacian montar de grado ó por fuerza, y entre risas y aclamaciones la paseaban por los corredores adornados con colgaduras, hasta que rendidas de cansancio la dejaban en su habitacion.

Tal era la ceremonia del victor.

Este festejo era de rigor despues de la eleccion de abadesa, la cual se verificaba segun nos han dicho, y ahora sucederá lo mismo cada tres años.

No es improbable que para ganarla se pusiesen en juego algunas intriguillas, si bien no de la misma estofa que las que deslustran nuestras elecciones populares. Bajo el sayal y bajo la levita late de la misma manera el corazón humano.

Sin embargo, la regla de las monjas concepcionistas, que es la que siguen las de nuestro convento, preceptúa en cuanto á elecciones de abadesa lo bastante para hacerlas aceriadas. Procuren las religiosas (leemos en el capítulo V.) con toda diligencia

y cuidado elegir tal abadesa, que respandezca en ella toda virtud, religion y honestidad, y sea mayor no solamente por el oficio, mas por buenas obras y santas costumbres. Finalmente, sea tal, que por su ejemplo despierte á sus súbditas á obedecer á Dios con amor, y de tal conversacion, que su vida les sea viva predicacion."

Del patio principal al llamado de los lavaderos no habia antes mas que un paso. En el dia están incomunicados por razon del destino que se ha dado nuevamente á cada uno.

El segundo, como su nombre lo indica, era el local en que se hallaban los lavaderos para uso de la comunidad, perteneciendo cada cual á una reverenda, que por lo mismo tenia inscrito en él su nombre. Al presente todo se ha trasformado. Esta parte del edificio se ve convertida en una casa elegante con gran puerta hácia la calle de Santa Catalina, balcones, viviendas cómodas, cielos en los corredores, y galería con lienzos de cristales. La lotería nacional ha fijado allí su residencia, y en determinados dias concede premios, hiere con desengaños y entretiene á todos sus amantes, como una coqueta, con vanas y halagüeñas esperanzas.

Con este patio comunicaba tambien un departamento pequeño, formado por la casa ubicada en el ángulo opuesto á la esquina de las calles segunda del Reloj y de San Ildefonso; pero esta casa encierra hasta hoy un secreto que vamos á ser los primeros en revelar.

VI.

UNA ESTRELLA ECLIPSADA.

I.

En uno de esos años que se pierden en los remotos tiempos de paz inalterable, cuando nuestros abuelos vegetaban creyendo firmemente que vivian; cuando se solemnizaba cada dia de San Hipólito la toma de la capital por los conquistadores, con

el paseo del pendon que sacaba el alférez real acompañado del virey, tribunales y nobleza, formando todos una gran cabalgata; cuando para apagar los incendios se hacia uso, á falta de bombas, de plegarias á los santos, cuyas efigies trasladaban en volandas al lugar de la catástrofe; cuando la capital de Nueva-España tenia sus calles desprovistas de aceras y alumbrado, y finalmente, cuando al oír nombrar á Su Magestad el Rey, todos se tocaban el sombrero; en uno de esos años, decimos, hubo una noche en que con motivo de haber recobrado la salud la señora vireina, se veian reunidas en el real Palacio las principales familias de Méjico.

La corte era un remedo de la de España, y era natural; pero en cuanto á lujo y ostentacion de riqueza, á veces le escedia: al fin en Méjico y no en la península residian los opulentos dueños de las minas de Tasco, Real del Monte, Fresnillo y Guanajuato. Así es que en esa noche los tertulianos competian en lo costoso de los trages, como en dias anteriores habian competido en lo rumboso de las dádivas que cada cual ofreció á sus escelencias por el fausto acontecimiento.

Brillante era la iluminacion de la sala. Algunos pages en traje de rigurosa etiqueta estaban á la puerta comisionados para introducir á las damas, las cuales se iban presentando deslumbradoras por su belleza y por las esquisitas galas que vestian. A falta del virey, á quien asuntos de Estado tenian ausente, eran recibidas por la señora vireina, que las colocaba en asientos correspondientes á su categoría, agasajándolas con finura. Poco despues se les servian refrescos en bajilla de oro.

A los acentos de la música los corazones palpitaban de alegría, la conversacion se animaba, los caballeros buscaban con ardientes ojos el semblante de las hermosas, y estas correspondian con indiferencia ó con graciosas sonrisas.

Entre tanto, varios jóvenes sentados cerca de la puerta pasan revista por todos los concurrentes y hacen la crónica escandalosa de la ciudad, analizando las familias y narrando la biografía de cada uno de sus miembros.

—¡Oh, mirad con cuidado aquella hermosura!

—¡Cuál?

—La del cabello negro y rostro pálido.

—Ah! qué ojos, Dios mio!